

FELIX GARCIA BLAZQUEZ

DOCTOR Y CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA DEL INSTITUTO "SAN VICENTE FERRER"

5719f  
20079

# La nación como comunidad de existencia

CONFERENCIA DADA EN LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA  
EL DIA 14 DE DICIEMBRE DE 1939



(Separada de los *Anales de la Universidad de Valencia*  
Año XVI \* 1939-1940 \* Cuaderno 122)

VALENCIA  
IMPRENTA HIJO DE F. VIVES MORA  
HERNÁN CORTÉS, 8.

## Semblanza y Dedicatoria

**A** RAMIRO LEDESMA RAMOS, cuya vida apagó el soplo huracanado de pasión de aquellos a quienes él ambicionó levantar al plano y forma de una existencia histórica nacional noble, digna, brillante, libre y esforzada. Quiso que los españoles fueran hombres de proezas y este designio le ocasionó la muerte.

Era de complexión proporcionada, en sí, robusta; ojos claros, acorados, con fosforencias submarinas; piel blanca y cabello oscuro, perfil de cara recordado y varonil. Su voz de recio timbre ponía acento de autoridad en lo que decía. Se consideraba como hombre superior por lo que frecuentemente el desdén aparecía en su actitud y a los más dispensábales trato de mando como juez que sentencia y capitán que resuelve y ordena. Empleaba frases secas y fajantes; creeriase que desconocía la blanda flexibilidad del sentimiento. Aunque al exterior se producía con una cierta áspera rudeza, en el fondo atesoraba un hogar de recias cordialidades. Identificada su ambición con la empresa de promover y labrar la grandeza de España. Descendía indudablemente de godos y en él resplandecía originariamente la nobleza egregia.

Sentía una honda aversión por el intelectualismo infatuado que ahogaba bajo livianas ideologías el ser profundo, angustiado y hazañozo del hombre. La Musa de la Filosofía le otorgó el grave aliento de su numen. Pero habiendo de optar entre la Teoría y la Historia, la Felicidad y el Honor prefirió lo segundo.

Yo, que gocé del favor de su amistad, le dedico, ahora que se perdió sin remedio allende las fronteras de la vida, entrañablemente, este recuerdo.

|                          |
|--------------------------|
| UNIVERSIDAD DE VALENCIA  |
| (FUNDADA EN 1409)        |
| BIBLIOTECA               |
| Reg. de Entrada n.º 4301 |
| Fecha: 7-11-56           |
| Signatura _____          |

C-1108742  
D-1108741

# La nación como comunidad de existencia

CONFERENCIA DADA EN LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA  
EL DÍA 14 DE DICIEMBRE DE 1939

POR

D. FELIX GARCIA BLAZQUEZ

DOCTOR Y CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA DEL INSTITUTO "SAN VICENTE FERRER"

SEÑORES:

*La Universidad, recinto del  
pensamiento culto.*

EL tema que nos va a ocupar en esta conferencia, va consignado bajo el título de *La Nación*. Su desarrollo, tal es mi intención, ha de tener lugar en un cierto estilo clásico, no por lo que se refiere a la forma literaria, que eso está fuera de mi alcance y cada cual tiene el estilo que Dios le dió, sino en el modo y la actitud del pensamiento. Pues eso sí, en esta conferencia yo quisiera enunciar una serie de pensamientos, sean ellos más o menos valiosos; y a ustedes, oyentes en este Paraninfo de la Universidad de Valencia, se les requiere a fuer de público universitario culto, para pensar. Lo que en el día de hoy y en este instante ha de ponerse en ejercicio, es nuestra capacidad de pensamiento. En otras ocasiones y circunstancias, pueden oírse alocuciones de esas que halagan los oídos, excitan los ánimos y provocan situaciones emocionales muy eficaces para la acción; nosotros aquí, salvando la modestia de mi representación, nos hacemos cargo inmediatamente de que este ámbito universitario sólo alberga

o, sobre todo, debe albergar, serenidad, luz y nobles emociones, de esas que no alteran, perturban o desencajan el curso apacible de la vida ni el gesto de la persona. Y empezando por rendir tributo a los modos clásicos del pensamiento que, en su generalidad, requiere para cada cosa su forma adecuada, así como que esta misma forma se ofrezca en presencia luminosa, es por lo que la actual alocución no se les dirige bajo la inspiración de un numen improvisador y momentáneo, es decir, como discurso bello, sino como comunicación de un conjunto de reflexiones ya preparadas y que en este instante se vuelcan y salen a la publicidad en vuelo ordenado y previsto.

La Universidad ha de ser el hogar más calificado y amoroso del pensamiento. Y el pensamiento no es un mero repensar o saber, sin a la vez resentir, lo que otros han pensado, si no eso, sencillamente eso: pensar en los problemas del hombre y de la propia existencia. La Universidad ha de ser el hogar, no del pensamiento hecho, sino del pensamiento que piensa por sí, significando con ello, esta cosa importantísima: que se vive sumido en un mundo espiritual, culto y sano. Una Universidad que se asignara el papel de ser mero resonador o reflejo de brillos pasados, sería una Universidad desmedrada, con lánguido y ruin destino. El espíritu es como el hombre en su dimensión existencial eternamente joven: no conoce edades, siempre actual; nos recoge desde las más hondas raíces y nos lanza a que nos afanemos en la tormenta de la vida para que haya luz y sentido en sus principios. La Universidad ha de ser el mejor hogar de la cultura y ésta, la mejor forma de la existencia humana. Es una forma la cultura porque circunscribe un horizonte de problemas que ponen límite al hombre y le confieren un modo de ser; pero la cultura como forma recae—y hay que acentuarlo con interés—sobre la existencia humana, sobre la conciencia y sentimiento que el hombre tiene de sí, de su ser, libertad y destino. El hombre vive existiendo y ha de vivir de alguna manera: imitando, vegetando, afanándose por intereses

## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

inmediatos, reproduciendo imperturbablemente los modos consagrados del vivir; desbarrando, en una fuga pertinaz contra toda medida y grave llamamiento, sin tasa (tal ha sido la existencia del hombre civilizado más bullicioso y eficiente de la última centuria). O puede vivir una existencia, determinada en su cima por el espíritu culto, que no quiere decir novedades, originalidades, noticias u ocurrencias de gentes inquietas, desarraigadas y lejanas; antes al contrario, el espíritu culto significa la raíz y suelo del hombre, por un lado, y la forma y límite por otro. El hombre que no sienta una pasión inefable por sí mismo, su ser y su destino, como hombre, difícilmente podrá participar de una forma de existencia culta. Esta pasión humana que nos levanta por modo radical sobre toda determinación de lo real y producido, imprime en nosotros el sentimiento de la libertad: una libertad que nos *compromete*, porque esta existencia que nos eleva por encima de las cosas, nos deja a la vez sin apoyo, de suerte que el hombre ha de sacar de sí lo que le asegure y consuele de su situación y de su ser. La existencia de un ente como el hombre tiene que ser gravitante en un mundo del espíritu y en ese mundo es donde se alumbran los salmos, las revelaciones, las alegrías y las congojas de que nos hablan místicos y penitentes.

*El hombre es y se conoce en  
la luz de su principio.*

La existencia autónoma del hombre exige que él sobreponga a lo ya hecho, a la Naturaleza, el mundo del espíritu, que no es otra cosa sino el hombre mismo en cuanto que conoce y en la medida que conoce las razones de su ser y existencia. Ya decía S. Agustín que el hombre se conoce a sí mismo en Dios y en la medida que conoce a Dios. Y como la inquietud por lo divino está bastante apagada, bien se puede decir, no sólo a título de inferencia sino de plena realidad evidente, que hoy los hombres son desconocidos

en su parte mejor, para sí mismos. Al que no sienta esta libertad radical del hombre que nos hace responsables de nuestra propia existencia, bien pudiera decirse:—Váyase a tierra de infieles que allí tiene usted múltiples ocasiones de postrar su dignidad humana servilmente ante cualquiera realidad idolátrica, donde hay un despotismo de las cosas y de los hombres, sobre la base de un hondo sentimiento de esclavos; aquí estamos en tierra de cristianos en la cual nadie está exento de la ley fundamental: la libertad, ni del mejor imperativo: el amor.

Por eso, ustedes, que tienen recogida en su intimidad el problema total del hombre, fundan un ámbito de cultura y allí donde este público universitario, exigente y reflexivo se encuentre, habrá un órgano alerta para la recepción del pensamiento articulado a la línea del horizonte culto de nuestra actualidad. Por eso, por que ustedes van a hacer más que oír y ver, es por lo que se esfuma en mí la presencia primera del orador en gracia a esta otra presencia, que no tiene relación con el arte y además carece propiamente de nombre. Pues no se trata tampoco de una simple lectura.

Yo admiro a los oradores y me entusiasman cuando les oigo—si son buenos oradores, inteligentes y artistas—en el escenario que les cuadra. Pero uno de los recuerdos más deprimentes y fastidiosos que yo conservo, se refiere a la época de las postrimerías de la Dictadura del General Primo de Rivera, en la cual el Ateneo de Madrid y la Universidad se convirtieron en tribunas oratorias porque nadie, ni el orador ni el público, se estimaban mutuamente como coopticipes de una intimidad espiritual, serena y profunda, sino como comparsas de una misma juerga emocional, desorbitada y frenética. Nunca resonaron más aplausos ni nunca hubo más vaciedad en las conciencias; los unos y los otros, público y oradores, estaban todos a la misma altura, es decir, sobre el mismo suelo. Después ha habido tantas agitaciones, tantas urgencias ineludibles, que el hombre español apenas si ha tenido ocasión de darse cuenta de que

## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

lleva consigo algo más que el que tiene que actuar y producirse consecuentemente con arreglo a las exigencias del momento; y sobre esto, atender a las necesidades apremiantes de la vida. Quiero decir, acordarse, por ejemplo, el sastre que bajo su quehacer profesional hay una planta humana, que tiene o debe tener otros cuidados que la de confeccionar trajes; que el militar se dé cuenta que hay una planta humana muy rica y muy compleja por bajo de la arriesgada, noble ocupación de hacer la guerra; precisamente lo que justifica la guerra, lo que requiere a veces a los individuos a aguantar impávidos la hora de la muerte. Y así con todo el mundo, sin excepción.

*Dos modos de la preocupación:  
lo inmediato y lo universal.*

Ahora que entra la vida española en un curso, yo no digo que sea fácil, sin angustias y dolores, pero si ancho y despejado, ha sonado para nosotros el instante de darnos a la reflexión para buscar y traer a la claridad de la conciencia las bases hondas y seguras de nuestra existencia en sus figuras y modos concretos. Por eso nosotros nos servimos de este recinto universitario y sin jactancias bobas, pero con seriedad, nos decimos algo así como esto:—Este recinto no sólo me separa materialmente, merced a sus muros, de la calle, sino que escinde de mí lo que llevo de preocupaciones cotidianas, inmediatas, análogas a las de cualquier transeunte; separa de mí lo que tengo de callejero. Cuando la conferencia acabe me será fácil recobrar otra vez esta figura, pues entonces se trata de vivir, aunque siempre queda la posibilidad de que la vida ordinaria recoja entre sus pliegues una influencia decisiva, impresa por las ondas de la intimidad originadas en el centro de la personalidad pensante.

¿Pues qué me quedará si dejo a la puerta de la Universidad lo que tengo de transeunte preocupado de mis intereses y asuntos particulares? No se trata de forzar supuestos extravagantes por violentos y difíciles, tampoco. Aquí estamos

hombres normales, no entelequias ni vagorosas sombras. Lo que se pide, no es que el hombre deje de preocuparse sin más ni más, sino que abandone unas preocupaciones para tomar otras de signo diverso, puesto que parece de todo punto necesario que hayamos de estar ocupados en algo, aunque sea con nuestro aburrimiento. Aquí está la diferencia entre la calle y la Universidad, y aquí, la posibilidad de que la calle invada la Universidad o la Universidad destruya su morada y se confunda con la calle. Notorio es que a la Universidad no le constituye su frontispicio, ni sus aulas, ni sus bibliotecas ni laboratorios, sino su espíritu. Al pasar el umbral que da acceso al recinto universitario si, en efecto, se trata de realidades sinceras y no de ficciones desalentadoras, los hombres tenemos que variar la dirección de la aguja que marca nuestras preocupaciones; descubrir que hay preocupaciones para el hombre, distintas de las que llenan su vida cotidiana, es una tarea que hace posible la Universidad, a título de recinto del espíritu culto. Cuando al principio hablaba de que quería producirme con un cierto estilo clásico, quería significar estas dos cosas: primero y fundamentalmente que el ambiente en que todos estamos sumergidos, se corresponda a lo que debe ser, por tener lugar en la Universidad; después, que la serie de pensamientos que con la ayuda de Dios he podido hilvanar, vengan colocados bajo el signo de la luz.

La luz aclara las cosas y las descubre en lo que verdaderamente son, cuando es luz del pensamiento, pues muchas cosas hay para el hombre que la luz del sol no puede revelar. Pero en forma análoga a como en la presencia de la luz con la venida de la aurora, las cosas del mundo perfilan sus aristas y ofrecen sus superficies, a la más hermosa luz del pensamiento se revelan las realidades de la existencia humana, mundo específico del espíritu, vedado para los que o no quieren pensar o Dios les privó, para su perdición, del órgano adecuado. ¿Podemos decir que es una extravagancia el que el hombre se ponga a pensar? ¿Acaso no será más cierto decir que si bien el hombre tiene que entregarse nece-



## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

sariamente en el curso de la vida a ocupaciones inmediatas, prácticas, sin embargo, lo mejor y más excelente que puede hacer es ejercitar su pensamiento? Por la vertiente de las necesidades está el hombre entregado a fines inmediatos, determinados en buena parte por las cosas; pero por la vertiente de su destino, de la justificación de su existencia, de la razón insita en ella, el hombre cuenta sólo con este recurso del pensamiento, órgano con el que inspecciona su ser y horizonte, con el que ausculta el latido de su mundo misterioso, lleno de silencios y lleno a la vez de llamadas, presentimientos y mandatos.

Que nos produzcamos al estilo clásico, que escindamos provisionalmente nuestro ser, dando ingreso en el recinto universitario a lo que el recinto universitario exige y fuera lo que es propio de la calle, no quiere decir, señores, otra cosa, sino que nosotros, vivitos y coleando, como peces que acaban de sacar de su medio vital y se agitan angustiados al sentirse inmersos en otro medio que limitaba aquél suyo de las aguas, y que no por desconocido era menos real; nosotros, con nuestro ser culminante, irrumpamos desde nuestra intimidad en el mundo de las preocupaciones humanas de índole universal—es decir, que no son las más como sastre, como militar, como funcionario, como individuo en general que tiene obligaciones y necesidades perentorias: comprarme unos zapatos, por ejemplo, pensando (y el pensamiento es una preocupación también) sobre nuestro mundo, vidas y personas. Ya el mundo nos da, sin duda alguna, muchas y graves preocupaciones, pero aquí, la preocupación más grave es la que se siente desde y por la existencia misma. Las preocupaciones de índole universal—que son las que la Universidad trata—son aquellas que no van encaminadas a asuntos de interés privado, sino que son válidas para todos, y en la medida que son universales, las soportan los individuos también para consigo. Quiere decirse que lo universal no son vagas generalidades, tanto más desvalidas cuanto más se alejan de los llamados intereses concretos. Antes al contrario, lo más universal es lo más

Intimo y que más interés nos exige. Esto pide una aclaración y yo me permito llamar la atención de ustedes sobre este punto, porque con ocasión de él, se expondrán unas cuestiones metodológicas fundamentales.

Nosotros, haciendo honor a este recinto universitario, independientemente de los logros conseguidos, debemos desechar lo fácil, socorrido y vulgar y no dejar escurrir las cuestiones porque traigan la apariencia de monedas resobadas y de curso autorizado por la costumbre. Entre las novedades triviales y la vulgaridad sistemática cabe la reflexión que despliega sus velas al viento, amparándose en su riesgo de la seriedad del propósito y la rectitud de intenciones.

Digo, pues, que lo más universal es lo más íntimo e interesante, en una ordenación de los intereses clara y precisa, si no se ha de provocar la ruina de los mismos intereses bastardos, que se sobreponen a codazos y desconsideradamente frente a todo lo demás. Lo difícil es reconocer la existencia misma de los fines universales, pues su primacía, una vez reconocida su existencia, se impone fácilmente. Los fines universales, existen por sí y tienen una naturaleza independiente y propia; en cambio, los fines particulares y privados suponen, aunque los desconozcan los fines universales. Lo maravilloso de la vida del hombre es que tiene capacidad para echar sobre sus hombros y tomar a su cargo fines que trascienden de su mera particularidad, prestándoles el interés y el calor de las cosas propias, porque en ello compromete algo máspreciado que el egoísmo: su honor, su ser y su moral, no la moral de los trataditos de ética, sino la moral tensa de la vida, que es luz, heroísmo, ánimo ganado por lo mejor.

*Dos breves diálogos edificantes.*

Como pensar es traer de alguna manera a representación aquello que se piensa, ora en la forma del concepto, ora en la forma del arte, etc., sin merma del rigor, me voy a permitir un breve relato que nos dará una idea intuitiva

## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

de los intereses universales y particulares y de paso nos conducirá, como de la mano, al tema concreto de esta conferencia.

En una plazuela de un barrio de artesanos de humilde condición, situada en una ciudad antigua del Mediterráneo oriental, tenían su taller, entre otros, un zapatero y dos carpinteros. El zapatero, metido en su oscuro tabuco, estaba entregado tan afanosamente a la tarea que no se hubiera dado cuenta de nada si algo hubiera ocurrido más allá de las puertas de su cuchitril. Al parecer le interesaba mucho concluir la obra que tenía entre manos. Tan absorbido se hallaba, que no concedía atención a la agria disputa que sostenían los dos carpinteros vecinos de taller por antiguas rivalidades del oficio. Estos buenos artesanos, los unos por su riña y el otro por sus afanes, no reparaban, en efecto, que algo extraordinario pasaba en la ciudad. Las gentes discurrían medrosas y apresuradas y se hablaban, aun sin conocerse, comunicándose con subido interés noticias que al parecer a todos afectaban. Lejano bullicio se percibía como onda de mar humano agitado. Se oía a veces el sonido de la trompeta. La ciudad, sitiada, estaba sufriendo un temeroso ataque de los enemigos, y toda ella, como cuerpo con vida propia, se movilizaba para la defensa. Todo ciudadano, cada uno para sí, tenía cuidado por su vida particular y por sus intereses, pero sabía que estos intereses particulares, desde la hacienda hasta la vida, dependían de que la ciudad no fuera presa del enemigo porque entonces, la ruina era general para todos. O se salvaban con la ciudad o perecían con ella. Y esta es la razón de por qué a la llamada del heraldo que convocaba a todos los ciudadanos para que acudiesen a la defensa de los muros amenazados, los comerciantes y los artesanos, los ricos y los pobres, sin distinción de clase y de condición, dejaban unos el taller, otros su tienda, otros sus comodidades, otros su indigencia, todos sus cuidados, y acudían confundidos y con apresuramiento a engrosar la masa de los guerreros que ofrecían el pecho al enemigo. Menos el zapatero y los dos carpin-

teros de nuestro relato, toda la ciudad abandonó los afanes inmediatos, aquellos de su vida particular, conmovida por el peligro, teniendo clara conciencia de que el momento requería pensar en la existencia de la ciudad misma como condición para que pudieran tener asiento y espacio sus intereses privados. El ataque del enemigo era tan amenazador que se hacía menester poner a concurso toda la capacidad de esfuerzo y organización con que se contaba, sin que nadie pudiera hurtar su ayuda; y así los que mandaban, los estrategas, ordenaban la defensa, yendo cada cual a cubrir su puesto, comprometiendo su honor, sin cuidarse de otra cosa que del mejor y más eficaz servicio. La defensa de la ciudad requería un plan extenso de organización, englobando en su volumen el esfuerzo particular de cada cual, integrado armónicamente en el conjunto. Los ciudadanos valerosos, puestos en la brecha para parar al enemigo, eran algo más que una suma de individuos, eran un cuadro orgánico superior que actuaba con propia ley y propia finalidad, si bien en último extremo, el fin del cuadro combatiente y el de cada ciudadano fueran uno y el mismo: salvar la ciudad de la invasión enemiga. Pero para llegar a ese fin se hacía menester ocuparse en los fines naturales de la guerra que eran determinados en cada instante y para todos, por los que ejercían el mando y sabían lo mejor que había que hacer en cada caso y lugar. El disgusto y el asombro de los que al pasar veían al zapatero perdido en su tabuco y a los carpinteros en pendencia, se reflejaba en sus rostros; pero todos iban tan presurosos que no querían detenerse a interrogar a aquellos ciudadanos sobre su extraña conducta. Uno, sin duda más inteligente, pensó que el ejemplo de aquellos artesanos podía ser desmoralizador para los demás y que era rendir un gran servicio a la ciudad evitar aquel espectáculo. Se acercó al tallercito del zapatero, manteniendo con él este diálogo edificante:

—¿Tú no oyes la trompeta del heraldo, ni sabes que los enemigos están asaltando la ciudad? ¿Qué haces ahí que no dejas los zapatos y vienes a coger las armas?

## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

—Tengo que terminar este trabajo antes de la puesta del sol y si me entretengo, el tiempo me vendrá corto.

—¿Pero no ves que si los enemigos pasan la muralla y entran en la ciudad todo se ha perdido?

—Yo he de terminar mi tarea necesariamente. Representa para mí este trabajo el sustento de mañana de mis hijos.

—¿Para quién son esas botas?

—Para el que preside este año las asambleas en nuestro barrio.

—Le conozco. ¿Sabes dónde está? Al frente de una sección en el sitio más peligroso de la lucha.

—Pues él es el que me ha encargado con tal urgencia este trabajo, y me doy prisa a terminarlo. Después...

—Ya ves cómo este ciudadano distinguido deja sus negocios preocupado por la suerte de la ciudad. Tú eres un insensato cegado por tus egoísmos para la visión de tus propios intereses. Te conozco yo como te conoce todo el barrio; y sabemos que, merced a esta vida ruin que llevas, sin ocuparte más que de ti mismo, has atesorado una crecida cantidad de dinero; que tus hijos están a cubierto de necesidades, aunque no sea muy lucido el trato que les dispensas. Tú te aprovechas del esfuerzo de los demás y de la ciudad para alojar tus intereses, pero la ciudad está en peligro y como los enemigos la tomen perderás todo tu dinero, serás reducido a esclavitud, tu casa será asaltada y tus hijos y tu mujer pasados, quizá, a cuchillo. ¿No te interesan estas cosas, o crees que mientras los demás mueren en la defensa de los muros, tú puedes estar tranquilamente cosiendo con el cabo y la lezna, como si tu vida y fortuna no estuvieran bajo la misma amenaza? El ciudadano que te ha encargado el trabajo te lo encomendó bajo la creencia de que no se alteraría la existencia cotidiana de la ciudad y que podía darse a sus preocupaciones privadas. Si no tuviéramos a los enemigos en la puerta no me parecería mal que te absorbieran tus zapatos por entero, aunque siempre es bueno levantar los ojos un momento y

ver la luz del sol y los rostros de los hombres. Pero la ciudad sufre un asalto que a todos nos pone en grave trance. Esos mismos zapatos que estás arreglando no servirán para nada y tendrás que quedarte con ellos, si su dueño muere, pierde su hacienda o es desterrado. Sólo en el caso de que la ciudad subsista, tus afanes de ahora llegarán a buen término. Como la ciudad se pierda, todos, tú también, sucumbimos con ella. Yo, igual que tú, tengo familia a quien mantener, pero ahora lo que me preocupa es evitar que los enemigos lleguen a la puerta de mi casa, ofendan a mi mujer y maltraten a mis hijos. Por eso lo que ahora mismo amo y sirvo con pasión, es la ciudad, nuestra ciudad, que defiende y hace posible nuestras vidas y todos los bienes de que disfrutamos. No seas ruin ni te expongas más a la cólera de los ciudadanos irritados, que al verte aquí pensarán que eres un traidor o una carga muerta que no forma parte de la ciudad, puesto que no siente sus peligros ni la necesidad de su defensa.

—¿Entonces, habré de cerrar el taller?...

—Cerrarle ahora mismo para abrirle después, cuando la ciudad esté asegurada contra sus enemigos. Entonces trabajarás alegre y ennoblecido en tu vida, dulcificando el duro trabajo con la idea de que eres un miembro vivo de la comunidad y que tus afanes privados se engarzan y articulan con una forma de existencia humana superior, que se sostiene por sí misma, con sus fines propios y su valor.

Y a los carpinteros también les amonestó:

—¿Qué hacéis ahí riñendo, y la ciudad sufriendo un asalto? ¿Estáis locos?

—Me ha robado el encargo de una mesa.

—Es que yo trabajo más barato.

—¿Qué estáis diciendo ahí, estúpidos? Esa mesa o lo que sea, no necesitará hacerse si antes la ciudad no es defendida eficazmente por todos los ciudadanos. Perderéis el taller y la libertad si la ciudad es arrasada. Yo no digo que no riñáis, pero a su tiempo y con motivo verdaderamente

## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

fundado. No disputéis a propósito de la mesa porque hasta que la ciudad quede tranquila ese encargo está en suspenso.

—En efecto. Me doy cuenta de tu aviso y del peligro que nos amenaza. Ahora mismo acudo a la lucha—dijo uno de ellos.

—Pues yo, antes de ir al peligro, quiero defender mi razón contra éste que me odia y me atosiga de continuo.

—Pues antes de la lucha no hay nada que hacer, ya que sólo su resultado hará posible o imposible tus razones. Yo no las discuto, sólo te digo que tus razones particulares no serán nada si la ciudad es destruida. Y por lo tanto, si crees que en efecto la razón te acompaña, has de defenderla cogiendo las armas, lo primero, en provecho de la ciudad; después, logrado el descanso, podrás reclamar eso que llamas tus derechos. Ese mueble que habéis de construir está destinado a alguna casa y para su dueño, cuya vida y hacienda depende de la suerte común. De modo que aparta tu vista del taller y de tus afanes particulares, y piensa en lo que más urge, que es detener al enemigo. Mira qué a propósito viene el pregonero. Los que ejercen la autoridad y el mando, que saben mejor que nadie cuál es la situación y lo que más conviene, y por eso disponen toda la defensa, ordenan que vosotros dos—olvidadas vuestras querellas para otra ocasión—construyáis rápidamente un bastión que ha de ser colocado a la entrada de la ciudad, próximo a la puerta principal. Por allí es más recio el ataque y se teme que consigan irrumpir dentro de los muros.

—¿Y he de trabajar con éste, que es mi enemigo?

—El enemigo verdadero está fuera, y frente a este enemigo todos somos ciudadanos y operarios de una misma tarea para que resulte bien hecha.

—Es verdad. Deja tus resentimientos y sin más hablar apliquémonos a la obra — concluyó el primer avisado carpintero.

*La comunidad vital trascendida  
en el modo de la patria.*

Por este ejemplo han visto ustedes, señores, cómo lo universal tiene una clara presencia y realidad; quizá piensen que lo universal tiene una realidad propia, frente a los individuos, pero en cambio carece de un propio interés, porque el suyo es un interés prestado, recibido, ya que si el zapatero y los carpinteros se persuaden al fin de la necesidad perentoria de la defensa de la ciudad, otorgándole un interés fundamental, no es por la ciudad misma, sino en la medida en que ella es el supuesto y condición para que los intereses privados de los individuos puedan tener lugar. En efecto, parecen pues, claras dos cosas: que lo universal tiene una bien definida realidad; y que esta universalidad del interés (es el interés de todos y de cada uno conservar la ciudad), es de raíz individual. Si un individuo tuviera su vida y sus intereses vinculados a otra ciudad, lo universal sería esta segunda ciudad. Entonces se nos ocurre pensar en una naturaleza de lo universal que gane esto que ahora le falta: existencia propia, propio interés, algo absoluto para los individuos, que lo han de tomar a su cargo no viendo en ello una representación de sus intereses privados, sino un interés de lo universal mismo. Esto no lo da la vida y sus cuidados: sólo lo da el espíritu y los cuidados del hombre dimanados de la condición existencial de su ser. El espíritu funda un interés universal absoluto, que apela no a los intereses privados, sino al honor y a la libertad del hombre. Para ello es menester que los individuos se sientan determinados por ese espíritu, que su ser más profundo, su razón, sea ese espíritu mismo. La patria vital puede quizá intercambiarse; la espiritual, no, porque recoge por entero nuestra libertad y nuestro ser. Entonces ya no se trataría de defender la ciudad, ni los intereses de la vida enclavados en su ámbito: se trataría de una existencia histórica, de una plenitud de existencia humana, que es más que vivir: soportar un grave e intransferible destino.



## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

Pero como desde un principio nos hemos propuesto, ustedes y yo, movernos dentro de los cauces de un cierto estilo clásico, no vamos a desorbitar lo dicho, atribuyendo al hombre como su fin, algo unilateral, parcial, exagerado y disforme. Es decir, que no hemos de proponer para todos los zapateros que dejen su taller, a fin de tomar las armas, cual si esto fuera el único destino de su vida, sino que la existencia de un zapatero esté configurada por la totalidad de cualidades que lleva consigo; las de su oficio, las que le corresponden como ciudadano y, finalmente, como hombre.

Contrariamente a esto, hemos de procurar en la presente indagación que el hombre aparezca en su concreta realidad, no forzándole a gestos y situaciones violentas, porque cada fin cumple una perfección, y quizá los fines humanos se puedan articular y todos de consuno colaboren al fin culminante de la existencia, conjugándose para formar una figura bella en su presencia y jugosa por su sentido.

El abandono ocasional por parte del zapatero de su lezna y su cabo para coger la espada, requerido por una necesidad perentoria y de universal interés vital, se resuelve en filosofía perenne cuando de lo verdaderamente universal se trata, que podrá olvidarse en la medida en que los hombres se cierran sobre sus particularismos, pero que significa el estar abierto a la luz y a los principios absolutos. El fruto de los cuidados de la filosofía en las naciones es su espíritu o conciencia de los principios. La filosofía es la presencia del ser del hombre en la luz de su principio.

Y con este largo prelude damos acceso al tema concreto de la conferencia, si bien no ha dejado de estar presente, aunque no haya sido mencionado, en las anteriores disquisiciones.

Ya ustedes pensarán, quizá, que si a la ciudad que da espacio y asiento a nuestros intereses, se le dotara de un espíritu, representaría entonces, sobre una comunidad de vida, un modo de ser de sus habitantes: dejaría de ser algo

genérico para elevarse a la categoría de una patria singular, concreta e intransferible. Lo más concreto es el espíritu, sin embargo, de ser lo más universal. Porque lo espiritual solo puede ser destruído, pero no sometido a generalizaciones. Lo espiritual son amores y resoluciones y no se ama cualquier cosa, sino que el amor lleva por su sentido una referencia exclusiva hacia su centro de interés. El amor no es una posibilidad o un reservorio que se puede verter caprichosamente en cualquier objeto. El amor es siempre actual, y dice a una vez, del interés subjetivo del que ama y del interés objetivo de lo amado; la pasión y entendimiento de la persona amante y el valor de lo amado. Para amar es menester que lo amado actualice esa excelencia por la que es amado; pero esa excelencia no brota ni aparece sino a la luz del amor. Por eso, la patria son amores y no buenas razones. Los que a propósito de la patria se atengan a las razones, es que se les ha resuelto en vagas generalidades aplicables a cualquiera otra figura semejante. De la misma manera los que rebajan la patria a mera comunidad vital, la hacen mercancía cotizabile en la bolsa de su mayor interés. El capitalismo moderno es de esta índole, y de ahí que las revoluciones nacionales se vean forzadas a cortar los vuelos de esta ave rapaz y reducirla a límites definidos, al servicio de los fines supremos de la patria.

*El modo del pensar entrañado  
en el calor de la vida.*

Al hablar de la Nación podíamos hacerlo refiriéndonos a su concepto en general. Tenemos, es verdad, los hombres capacidad para pensar en abstracto, resolviendo las cuestiones en su generalidad. Este ha sido el modo más característico de pensar de los años anteriores a pesar de su sedicente empirismo; pues lo que hace abstracto a un pensamiento, no es otra cosa que el distanciamiento y exteriorización del objeto pensado. Inversamente, lo que le hace

## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

concreto, es el identificarse él mismo con la cosa pensada, que enralza en la vida propia y en ella cobra ánima e interés. Hoy no debemos ver otras diferencias que éstas: *Pensamientos* que están calentados por la vida, y *pensamientos* que sólo nos interesan como las cosas del Rey de Francia. Todo lo que hace referencia al hombre y su existencia no puede ser tratado con frialdad, sino con interés y amor.

Ya es patente un cierto desvío por la Ciencia, no por otra razón sino porque se mueve en un terreno de generalidades abstractas para los intereses del hombre. Sólo cuando la Ciencia se cure de sus arranques de superioridad e independencia, para quedar integrada en un ámbito vital, animado por hombres e intereses existenciales teóricos e históricos, recobrará su importancia perdida. Pues sería necio concluir del desvío actual por la Ciencia que no representa un lugar dentro de la existencia y modo de ser del hombre.

Lo que a vuelta de esta digresión se quiere patentizar es lo siguiente: que la vida tiene por órgano de conocimiento la vida; que el hombre tiene por órgano de conocimiento el hombre y que no podemos poner en ejercicio para cualquier indagación un intelecto frío y generalizador que sólo maneja conceptos vacíos de sustancia vital y de calor humano. Este calor humano no es nada parecido a una pasión artificiosa y perturbadora de la visión clara, sino un basamento emocional intransferible por virtud del cual se atan nuestros pensamientos a nuestro ser y existencia concreta. Al hijo sólo le conoce la madre verdaderamente; a España, los españoles; porque el ser se revela a la luz del amor. El peligro sólo lo conoce el que lo siente, como la alegría, la felicidad y el dolor. Estos son los que yo llamo pensamientos concretos; las representaciones que se dan en el interior de una vida, en tanto que vida concreta, personal y propia. Esta vida es la que se ha venido apagándose lentamente durante las dos últimas centurias, cegamiento de toda suerte de amores, para resolverse la existencia humana en vagas y abstractas ideologías, que eran válidas para el

que las pensaba en segundo término, porque el primero lo ocupaban la generalidad esquemática de los hombres. Tiene que ocurrir al revés; lo que haya de tener validez universal ha de pasar antes por la aduana del individuo, revelando, en efecto, en el seno de la vida personal, su lugar adecuado. A esto se llama sinceridad; a lo otro, hipocresía y estulticia. Por eso yo requiero a ustedes, para que cuando tratemos de algo relativo al hombre y su existencia, lo calentemos con nuestra vida, dando un soporte concreto a nuestro pensamiento, pues en verdad, nosotros también somos hombres y tenemos existencia. Hablamos de los demás en la medida que hablamos de nosotros mismos. No es corriente este modo de pensar y yo lo acredito, no por ser más o menos profundo, sino porque es más íntimo, más interesante para nosotros, más sincero. Análogamente a como aquel celoso ciudadano, que exhortaba a los artesanos morosos en sus obligaciones perentorias, pensaba en su ciudad, con su ser entero, es decir, con sus intereses y amores, así nosotros, cuando hablemos de la Nación, la hemos de pensar sintiéndola como nuestra y de la Patria, como nuestra y del Mundo, como el mundo único del hombre. Resolver estas y otras cosas semejantes en meras representaciones para el intelecto, es a lo que yo llamo pensamiento abstracto. El Sol, ya habéis reparado en ello, sólo se ve en el seno de la propia luz que destella; así el hombre, la nación y la patria. Poniendo en ejercicio nuestro ser total, vamos a hacer una indagación sobre la comunidad nacional en que estamos constituidos. Digo sobre la comunidad nacional nuestra, sobre España, porque aunque hayamos de apelar a veces a conceptos generales, al poner el acento de nuestras vidas sobre ellos, los hacemos caer en el ámbito concreto cuyo centro de gravitación somos nosotros.

## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

*Ideas gérmenes para una ontología de la nación.*

¿Qué es, pues, la Nación? ¿Qué es nuestra nación? ¿Qué es España? España no es un área geográfica, no es su lengua, sus costumbres, el carácter de sus gentes, sus riquezas, sus trabajos, ni nada de aquello que como realidad efectiva se puede uno encontrar en viaje curioso por sus tierras. Todo lo enunciado, toda la realidad fragmentaria consignada en los límites espaciales de España, forma parte de la nación, pero no es ni constituye por sí, la Nación. Con las mismas gentes, con el mismo idioma, con la misma religión, con las mismas costumbres, España podría ser parte de un imperio extranjero, es decir, lo contrario de una nación. Todas las realidades enunciadas pueden formar parte de la nación, pero en calidad de parte es menester para ello que la nación exista: presuponen la existencia de la nación. Estas realidades por sí mismas no imponen la necesidad de una pertenencia determinada: son de aquello que las asimila y conforma. Si es España, forman parte de España, identificándose con ella; pero si es un imperio extranjero, con él se identificarán también. No es que sean rebeldes o anárquicas, sino que sólo tienen una realidad histórica efectiva por cuanto les es prestada; de por sí son inertes. Están puestas en el escenario del mundo para ser determinadas por algún poder, cuya presencia se testimonia siempre en pura actualidad y eficacia. En cuanto ese poder se desvanece, se pierden todas las realidades constitutivas, se dispersan como miembros fragmentarios, ofreciéndose a la codicia ajena. Entonces, si la nación no se puede definir en rigor por los elementos reales que la constituyen ¿qué la define? Lo que hace, justamente, que esos elementos formen parte de la nación, lo que es primero que ellos en un orden jerárjico, constitutivo. En el orden genético temporal, son primero los elementos reales que el todo que los unifica y conforma. Así muy bien pueden existir el suelo, las riquezas, las gentes, etc., de España, sin

que España, como nación, exista. Pero para que cobren esa denominación de suelo español, raza española, idioma de España, es menester una consideración analítica de ese todo conjunto, de esa unidad ya constituida, que es la nación. Así las patas y el tablero de una mesa pueden existir y existen de hecho antes que la mesa, pero no como partes de la mesa, porque parte de la mesa significa ser parte de su forma y la forma sólo existe como todo y unidad.

*Lo que por sí no constituye  
la Nación.*

Pero haciendo honor a nuestra promesa de pensar al modo clásico, se hace menester perfeccionar por lo menos una parte del concepto de Nación, con claridad y orden.

Una nación no es su lengua porque en una misma nación se pueden hablar distintos idiomas; e inversamente, naciones distintas hablar el mismo idioma. Por ejemplo: la Argentina y España, Estados Unidos e Inglaterra. Además, sin perder el idioma, un pueblo puede perder una determinada nacionalidad para adquirir otra distinta. Esto les pasa a todos los pueblos sometidos que van a integrarse en el imperio que los sojuzga, sin perder ninguno de sus elementos reales. Al perder la nacionalidad, o sea, al perderse la nación, lo que en efecto se pierde no es el idioma, ni las costumbres, ni las riquezas naturales, ni la religión, ni la historia. Por eso, ni las costumbres ni las demás cosas enunciadas, constituyen por sí originariamente la nación. Porque unas mismas costumbres pueden ser compartidas por pueblos de distinta nacionalidad, y al revés, dentro del seno de la nación pueden florecer las costumbres más diversas. Tampoco es la nación el trabajo y riquezas naturales porque ambas cosas pueden pasar a manos extranjeras y la nación seguir subsistiendo; pueden existir tales riquezas antes o sin que la nación exista, como perdurar cuando la nación murió para la Historia. Lo mismo ocurre con el suelo. El suelo nacional, siendo el mismo suelo, hubo un

## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

tiempo en que no fué nacional. Este mismo suelo puede pasar a ser jurisdicción de un poder extranjero. Si una nación desaparece o muere, no desaparece su suelo, luego son independientes. ¿Diremos lo mismo de la raza? Lo mismo hay que decir. La nación no son sus gentes porque una misma población puede pertenecer ora a una nacionalidad, ora a otra, siendo la misma población. Un pueblo, siendo el mismo pueblo, se puede escindir para formar dos nacionalidades distintas o muchas nacionalidades. Tal le ocurrió al Imperio español. Al revés, pueblos diversos, pueden quedar aglutinados en una misma nacionalidad. Si proseguimos con el mismo rigor, diremos que tampoco una nación es su historia, porque hay naciones que dejan de existir perdurando su historia pasada. Además, cuando una nación aglutina en la unidad de su vida pueblos distintos, constituidos en nacionalidad con propia historia cada uno de ellos, ¿cuál de estas historias primeras sería la constitutiva de la gran nacionalidad? La nación no se constituye con historia o historias, sino que ella misma crea su propia historia, porque su existencia es originalmente histórica. Pero la historia puede subsistir como tal sin que la nación exista necesariamente. La Roma antigua tiene una historia, pero el Imperio romano ya no existe. La nación es actualidad y porvenir; la historia es lo hecho y pasado. La nación, al constituirse por sí, es siempre nueva y en el curso de su vida revalida permanentemente su origen constitutivo, referido a sí mismo en perenne actualidad. Una nación cuya vida fuera su historia, es una ficción, una fantasmagoría. Y para terminar, este repaso de lo que aparentemente se puede confundir con la nación, consignaremos, como ello es evidente, que tampoco la nación es la religión, porque en una misma nación se albergan religiones distintas o inversamente, una misma religión es compartida por distintas naciones. Y hasta ocurre que un mismo cuerpo con unidad religiosa, se escinda para formar múltiples nacionalidades, como le pasó al Imperio español. Está claro, que las naciones hispanoamericanas no se votaron a su vida



independiente por razones religiosas, ya que la madre patria era el solar de todo su espíritu. A pesar de seguir siendo católicos ellos y nosotros, se separaron de nuestra comunidad. ¿Habrá que añadir a lo dicho, que un pueblo sin perder su religiosidad puede perder su independencia y pasar a integrarse en una nacionalidad extranjera, o sea, que es posible que se pierda la nación sin perder la religión, como inversamente, se puede perder la religión sin por eso perderse la nación? Los últimos tiempos son fecundos por extremo en ejemplos que abonan todo lo que acabamos de decir con claridad notoria.

Quizá a alguien se le ocurra decir, que si gentes de distinto idioma, distintas costumbres, distinta población, distinta historia, distinto suelo y distinta religión, se integran en una misma nacionalidad; o al revés, que gentes de la misma lengua, raza, historia, religión y costumbres, se dispersan en múltiples nacionalidades, que ello acontece en todos los casos a la fuerza. Lo que quizá no se le ocurra es reparar en su gran acierto cuando hace intervenir como causa suprema de la integración nacional a la fuerza, pero una fuerza interna. Pues una nación que, en efecto, no es nada de lo enunciado, se revela entonces como vida, poder y voluntad. La nación es constitutivamente triunfo. La derrota es la muerte de la nación.

*Notas positivas de la nación:  
el poder, la libertad y la justicia.*

Mientras la nación está en pie y vigente es poder que triunfa y somete todas las contrariedades. Es cierto que sea cualquiera la nación que se considere está integrada por unas gentes, un suelo, unas costumbres, un idioma, una religión, unas riquezas, un trabajo; pero la fuerza de integración, lo que hace que todo eso forme parte efectiva del haber nacional, se otorga a sí mismo y tiene una primacía ontológica fundamental; y esto es la nación como ser total con vida, voluntad de persistencia y de poder, pasión por la



## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

libertad de sí y de los hombres identificados con su genio. Nosotros tenemos un ejemplo impresionante en la guerra de la independencia contra los franceses. Entonces se vió hasta qué punto España posee un genio nacional y una pasión por la libertad, que está sublatiendo por debajo de toda diferencia idiomática, de toda diversidad regional, de todos los modos espirituales, de toda diferencia ideológica, de toda costumbre. Para combatir contra los franceses, nadie se preguntaba si era liberal o absolutista, catalán o andaluz, sino si era español y si se identificaba con la libertad de la patria en peligro.

Gerona y Zaragoza, Madrid y Cádiz, los guerrilleros que por llanuras y cordilleras parió la tierra española por todo su ámbito, revelan (al menos para aquellos tiempos) que aquí había un genio nacional vigoroso y un fundamento de vida, unidad y voluntad de soberanía, por encima de todas las diferencias.

Aquél fué el trance y la prueba de la pasión de España por su ser y libertad. Y aunque en esas ocasiones dramáticas de sufrir una invasión extranjera que les priva de la libertad, las naciones de genio auténtico se erizan y se yerguen con energía inaudita, lo constitutivo de la nación en su existencia cotidiana es el peligro, por lo que deben vivir siempre alertas y vigilantes y no esperar a que el enemigo se cuele por sus portillos y se instale en su suelo.

De los fines que la comunidad se propone unos son fines internos; la comunidad por medio de estos fines lleva el designio de autorregirse con vistas a dotar de los mayores bienes posibles a la comunidad misma y a todos sus miembros. Estos fines pueden frustrarse, ser falseados, equivocados, etc. No importa. Su designio y justificación es lo dicho. No es de creer que una nación busque su daño deliberadamente. Puede venirle daño a la nación por ofuscaciones, egoísmos, estrecheces de visión, barbarie; siempre por ignorancia que subvierte el orden natural de los verdaderos intereses. Pero hay otros fines que la nación se impone y que aluden a su presencia real en el mundo y a las circunstancias

que la rodean, fines de conservación, de robustecimiento, defensa de los propios intereses, intervención y actuación fuera de sí misma con arreglo a sus dictados espirituales, fines procedentes de una voluntad que va determinando la realidad de la nación en el escenario histórico según los acontecimientos que en él tienen lugar. No es descubrir el Mediterráneo afirmar que la nación tiene fines para su mejor regimiento hacia el interior y fines que miran hacia fuera y que dan testimonio histórico de su realidad positiva y la tensión en que se afirma frente a un mundo hostil que pugna por anularla. Pues en efecto, la nación internamente bien regida, se presenta con todo su ser, genio y voluntad en el escenario histórico, dando testimonio de presencia y eficacia. Estos fines que la nación sirve con su ser entero, y en consecuencia los individuos integrantes de su comunidad, no deberán ser fines dictados por el capricho, sino que responderán a una necesidad profunda, emanada de su ser y libertad. Esos fines son expresiones del genio nacional como genio de la justicia. Esos fines, puesto que son representación objetiva del genio nacional y por tanto de los individuos mismos, fines de justicia, de la justicia absoluta, que da razón de nuestra vida histórica concreta, de nuestra actuación en los negocios de la existencia humana real, deberán ser seguidos por nuestras voluntades privadas porque recogen con fidelidad esa dimensión de nuestro ser que trasciende de los negocios e intereses inmediatos.

A esta altura de reconocer que la nación, sea ella cualquiera, es forzoso que tenga actuación histórica y que revele el genio de su justicia, proponiéndose fines que los individuos en último extremo han de llevar a efecto de alguna manera, se nos patentiza a cada uno de nosotros que o servimos al genio de la justicia de España, que en cada caso concreto determina su fin, o servimos fines ajenos a nuestro genio y libertad. Podemos pensar que desde el punto de vista de los intereses vitales, de la prosperidad, quizá nos fuera favorable integrarnos en una comunidad más rica y poderosa. Se nos puede halagar con un horizonte próximo de

## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

felicidades, pero vendiendo nuestra alma, constituyéndonos en nación de naturaleza mercenaria y servicial. Es decir, renunciando a dar testimonio de nuestra presencia original en el escenario efectivo de la existencia humana y haciendo de segundones, sometiendo nuestra voluntad a los fines que nos sean encomendados y que no expresen la interna necesidad de nuestro ser. Es la felicidad material frente a la vida digna y libre. La elección no es dudosa. No es fácil encontrar una persona que con conciencia de lo que hace, supedite su libertad y su justicia a una inmediata felicidad, esclavizando su ser humano más profundo y valioso. Próspera o decadente, bien o mal regida en lo interior, la comunidad nacional es la garantía de nuestro genio, de nuestra justicia, de nuestra libertad moral en la perspectiva de la existencia histórica efectiva. Y la verdadera existencia humana es ésta, porque en ella nos presentamos como los hombres que verdaderamente somos, como genio irreductible, como órganos eficientes de la divinidad. Son las naciones en la historia luz y conciencia de Dios. El que a esto renuncia, se ha dejado ganar por el poder de las tinieblas.

En consecuencia, señores, si reconocemos que la justicia es negocio del propio genio nacional y que los fines derivados de ella no pueden ser determinados más que por nosotros mismos, se induce que es menester que la nación sea libre y que la pasión por la libertad se traduzca como un deseo de poder, instrumento único de que la nación ha de servirse para defender su libertad e imponer su justicia. La justicia es luz, la libertad decisión profunda; el poder es la realidad de nuestra energía y nuestras circunstancias. Una nación ha de anhelar ser un poder robusto que aleje todo peligro de dominación extranjera y adquiera conciencia de su seguridad, bajo la impresión de ensancharse y crecer de alguna manera frente a los poderes hostiles. Al menos, estabilizar su interno poder con tensión y energía. España necesita su línea Maginot en la dirección de un mundo poderoso y temible, y anchos horizontes por otros nortes que consientan expansión y crecimiento.

*La nación como ser total: su forma.*

La nación es, pues, una unidad de forma y voluntad que engloba como materia los elementos reales antes enunciados. Esta unidad es internamente compleja, porque se constituye por un número crecido de individuos, de suerte que se resuelve en una comunidad. Pero la nación no es de naturaleza vegetal sino que existe en sí misma, por sí misma y para sus propios fines, de modo que nos lleva a considerarla como una comunidad de existencia que no consiente por encima de sí, en lo que de ella trasciende, ni dentro de sí, en lo que abarca con sus límites, ninguna determinación que no arranque de sí misma, es decir, que es una comunidad libre y por lo que hacia dentro de sí se refiere, es una comunidad total.

La nación es un ser real con forma. La forma eminente de la nación, la que expresa la voluntad de fines y constituye la conciencia de su libertad y de su totalidad es el Estado. Todas las naciones en su vasto cuerpo albergan formas internas que no precisan cobrar dimensiones estatales, que son aquellas formas que espontáneamente crea la sociedad en sus fines más inmediatos. Por ejemplo, dentro de la nación, las sociedades deportivas, que dan forma a la necesidad, en la medida que se siente, de organizar el ejercicio físico y la competición en los juegos de esta naturaleza. Por eso las naciones se hundien o triunfan, aparte azares y circunstancias de índole exterior, según su Estado sea forma fiel del alma y voluntad nacionales, según que el Estado se sienta a sí mismo como depositario de una voluntad total de existencia justa y centro de la libertad soberana de la comunidad que rige en cuanto a su ser y fines. Pero hay naciones de genio auténtico sin Estado y Estados que tienen por nación sombras o ficciones. Es menester que el Estado, como forma de la nación una y libre, se defina como voluntad que recoge el genio de la nación, que le aliente, le abra caminos anchos y le preste alas para su vuelo. En definitiva la nación como

## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

comunidad humana eminente ha de ser espíritu. La libertad de la nación no significa sólo un autodeterminarse a sí misma hacia dentro en su vida interior, sino también, como cualidad de la vida, la posibilidad de soportar un destino, marcado por las realidades circunstantes. Aquello para lo que la nación existe, su vocación misional, lo que constituye su hazaña, se lo da el mundo como incitación y requerimiento al circunscribirla en un horizonte de realidades frente a las cuales ha de resolverse según su ser. La existencia culminante de la nación tiene lugar en el campo de la historia, entendiéndola como superior a la realidad zoológica del hombre, como último fondo de la vida humana en su tremendo misterio y preocupación y en el doble sentido de biografía de su plasma cultural y de su capacidad operante de empresas exteriores en su lucha y actuación en el mundo. Las naciones no inventan sus problemas, sino que tienen que aguantar y salir brillantes o derrotadas de la prueba a que el mundo las somete de continuo. Esta actuación permanente de las naciones para instaurar su justicia en la realidad es la marca de su destino.

La nación, como ser total, es luz superior en su existencia absoluta, por lo que se siente a sí misma misional, educadora. Es el imperio de la razón y del espíritu, no el que va hacia Dios, sino él que arranca desde Él y de su gracia, por lo que se justifica el otro imperio como sujeción de voluntades en otros hombres exentos de los beneficios de su ser.

*La raza como principio  
real de la nación.*

Antes de proseguir—el tema requiere mayores ensanches que los que presta una conferencia—se hace menester adelantar la siguiente observación: que la nación como voluntad libre y total, recogida en la forma eminente del Estado, tiene su soporte en la existencia de los hombres concretos. Pueden desaparecer los individuos mientras que

la nación perdura, porque ésta es anterior y superior a ellos, pero su existencia real se sostiene en los individuos reales. La voluntad de la nación, su conciencia de la libertad y de los fines, es llama que de alguna manera ha de arder en los individuos concretos, cobrando estos en su intimidad, en su subjetividad, los ensanches del modo de la existencia nacional. Es decir, que la nación como forma, al modo indicado, forma de la existencia, es forma de los individuos mismos. Importa, pues, considerar los orígenes específicamente humanos, la planta originaria de la energía, del heroísmo, del espíritu, de la nación. A eso es a lo que se llama raza.

La raza es la primera posibilidad de toda suerte de logros de gran envergadura. De poco serviría que una cierta luz espiritual beneficiara la intimidad de una raza floja, indolente y servil. El espíritu escoge para instrumento suyo las razas sufridas, fuertes y tenaces: las que prefieren la ambición noble a la felicidad; la voluntad de poder sobre la comodidad sin sobresaltos. La raza en último extremo necesita estar en gracia de Dios; si no, su ruina es irremediable, empujada por el pecado de soberbia. Pero si una raza como estrato humano fundamental, invoca el nombre de Dios, lo siente junto a sí como luz de justicia y de honor, su hazaña en la vida será profunda y sus huellas en la historia perdurables y espléndidas.

De modo que es finalmente en los individuos, en la subjetividad, en donde la nación tiene su forma viva. Donde una nación pretenda existir sin llegar a la conciencia de los individuos, es un fantasmón vacío en peligro de venirse al suelo y deshacerse en pedazos. La presencia en la subjetividad individual de la forma de la nación es una presencia en parte originaria, como brote y necesidad de la raíz de la vida misma, en parte es otorgada por la fuerza educacional de la comunidad, que da plasticidad al espíritu de las personas y les infunde sus formas. Cuando hay una identidad entre la forma objetiva de la nación, como existencia plena, exterior, y la subjetividad de los individuos,

## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

entonces reina lo que se llama una moral nacional, fuerte, sana, austera, fácil. Lo que la nación se propone es lo mismo que lo que los individuos quieren. Cada cual se hace cargo, como empresa clara e indiscutible, de aquello que la nación se propone. Esto acontece cuando el Estado como poder constituido es fiel a los designios de la nación, ha sabido recoger e interpretar el genio nacional, es expresión de la libertad de la existencia humana en su concreta realidad histórica e individual. En otro caso el Estado es perturbador, los individuos se recogen sobre sí desilusionados, los fines privados emergen a la superficie de flotación y las voluntades se dispersan, arbitrarias y perdidas. Entonces la nación cae en una situación de debilidad y de peligro, amenazada por interna disolución o desgarramiento.

### *La conciencia de la libertad.*

Lo más hermoso de la vida del hombre es la libertad y todo lo grande que se hace en la vida, desde la recepción del más grave sacramento hasta el acto más sencillo que lleve impreso el sello de lo humano, se hace desde la conciencia de la libertad. Si no, no tiene valor. Ahora bien, la conciencia de la libertad misma referida a la propia existencia es producto y expresa la condición y naturaleza racial, por decirlo así, del elemento humano que constituye la nación. Es decir, que puede darse el caso de comunidades nacionales que, perfectamente constituidas en su forma, los fines últimos a realizar, lo que expresa la posición misma de los fines, denota una naturaleza servil o esclava. Tienen voluntad, pero no espíritu. No tienen una voluntad libre sino una voluntad sometida. La libertad del hombre puesta en la dimensión nacional no puede tener otro sentido que el de la posición de fines que expresen el propio espíritu. Consiste en proponerse fines por sí mismo.

La posición de fines no quiere decir nada parecido a unos fines abstractos y generales, vacíos de substancia, sino

de fines concretos, singulares, que recogen dentro de su ejemplaridad el sentido universal de la justicia emanado de la conciencia, de la libertad, de la luz y del poder que la nación tiene de sí. La justicia o injusticia de los hombres están presentes en los casos justos o injustos que resuelven. Nosotros tenemos una sensibilidad general para el color; pero los colores que vemos son siempre concretos, reales y separados.

Las naciones no se mueven en el vacío, sino que con personas totales de vida concreta sosteniéndose existencialmente en un mundo que han de afrontar, con sus luces y recursos bajo la idea de que, a la vez que se vive, realizan el bien sobre la tierra. De la misma manera que la justicia del juez no es una idealidad vaga, sino que se expresa y manifiesta en los casos que se le someten, así las naciones no ponen sus fines en el modo de una idealidad deletérea e indefinida, sino en la forma de casos y realidades singulares que merced a la luz que sobre ellos se proyectan se elevan a fines absolutos, por encima de toda circunstancia. La justicia griega se revela bajo el fin concreto de rescatar necesariamente a Helena del poder de los troyanos: este es el fin nacional. Una nación puede sentir el deseo de destruir la ignorancia en los individuos de su comunidad; pero el fin adecuado a la acción eficaz y consecuente es combatir el analfabetismo en Málaga, Almería, etc., difundiendo la enseñanza y creando escuelas. Si hay analfabetos la destrucción de la ignorancia puede recoger en sí el deseo de difundir los bienes del saber; pero si no hay analfabetos habrá de ser otra realidad concreta la que se constituya como fin. En efecto, la nación con vida culta y creadora de cultura descansa en la realización de fines siempre renovados. En todo caso algún género de realidad ha de recoger en sí lo universal de la nación. La ley universal de que hay que obedecer a los padres se traduce en el fin concreto de que cada cual ha de obedecer a los suyos.

Cuando los fines me son dados externa y coactivamente sirvo fines ajenos y no soy libre. Pero en la misma activi-



## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

dad de poner fines a la propia voluntad caben dos situaciones enteramente distintas. Yo puedo hacer míos y tomarlos a mi cargo, fines que me sean propuestos y servirlos como si fueran míos o puedo yo proponerme por mí mismo mis fines. Esto en el terreno individual no tiene mayor importancia más que para los individuos mismos y como casos singulares. Pero en la órbita nacional sí tiene importancia porque si una nación no pone sus fines propios para el ejercicio de la voluntad es que carece de genio, carece de espíritu. Puede tener buena base racial, pero es una raza torpe, en definitiva bárbara, que carece de genio auténtico, esclava de sus pasiones. El esfuerzo mejor y más valioso es el esfuerzo del pensamiento y es una existencia pobre y ruin la del que deja que otros piensen por él los problemas que le afectan. No hay dignidad humana honda y verdadera si no florece en graves, sinceros pensamientos. Este es el verdadero genio, pensar y traer a representación la necesidad del propio ser, que es la libertad. Esto lo hace el arte, la filosofía, la religión y aun la política. Que es otra de las notas esenciales de la nación. Regir la nación con arreglo a su genio es política; llevar la nación como voluntad al servicio de sus fines entre las dificultades extranjeras, por el mundo, también es política. El genio político de la nación es la mejor fortuna que puede caerle a un pueblo, ya que por él se propicia o perturba el florecimiento y logro de las posibilidades del espíritu. Esta forma de la nación que carece de genio para la propia libertad, que por naturaleza es esclava, se le puede denominar oriental o asiática. Los pueblos de Asia no son libres porque no pueden serlo, ya que antes de ser dominados estaban privados de interna libertad. En la representación que un pueblo se hace de sí mismo se ve y se siente como pura agilidad o tiene durezas y lleva consigo cristalizaciones que le asemejan a una naturaleza mineral. Si el pueblo se representa a sí mismo en la forma del recuerdo, de lo que ya está hecho porque ya estuvo hecho, este es un pueblo viejo y de escaso porvenir. La juventud, que es más que una categoría

vital, no encaja dentro de sus modos. Es un pueblo gruñón, sermoncista y lleno de previsiones y consejos.

*Los dos escollos del genio nacional.*

Cuenta Homero que a la vuelta de Illion hacia su patria Itaca, Ulises, entre sus muchas aventuras y desgracias, tuvo necesidad de atravesar con sus derrotados compañeros por un peligroso paraje en el que la muerte los acechaba. Era un paso estrecho y agitado. Si se aproximaba a una de las orillas, el monstruo de las aguas rebotando en los escollos, amenazaba descuajar a los navegantes de su barco. Este era Escila, que con desgarrador dolor para el corazón de Ulises arrebató a algunos de sus compañeros que se agitaban y clamaban con angustia al verse perdidos. Pero si por huir de este peligro se acercaba a la otra orilla, allí se estaba a punto de ser arrebatado también hacia una caverna temerosa. Este era Caribdis. Lo difícil era pasar por medio sin perder las vidas. Estos son los escollos por los que ha de atravesar la existencia de una nación: el escollo de la barbarie y el escollo de la servidumbre. El escollo de la barbarie es el reino de las pasiones desatadas que se rigen por su ley caprichosa e injusta. Es la dispersión del alma nacional atomizada en los intereses privados de sus individuos. El genio nacional frustrado o vencido se deshace y entonces la cruda realidad de las pasiones privadas impone su reino: el del caos, el del atropello, el del desenfreno en fin.

El otro escollo supone o que, en efecto, la nación carece de genio o que si lo tiene está enteramente secuestrado, falsificada su autenticidad y libertad, en un fenómeno extraño de simbiosis espiritual. La nación no se sigue a sí misma sino al espejismo que la deslumbra como a las calandrias los reflejos del sol matutino. La nación lleva sus tóxicos que ha de segregar si no quiere enfermar o perecer como enferman y perecen las naciones: por impotencia, por falta de genio o sea de libertad radical, por raquitismo espiritual. La libertad no consiste sólo en valerse contra

## LA NACIÓN COMO COMUNIDAD DE EXISTENCIA

voluntades extrañas sino primordialmente en ser libres, en tener propia luz y voluntad. Entre los dos escollos de la barbarie y de la servidumbre, de la demagogia vital y de la esclavitud espiritual, el genio político representa la navegación afortunada y de altura que es la nación con forma, una moral interna y un honor, entregada a su propia vida y suerte; no la ausencia del espíritu ni su servidumbre, sino la clara, plena y eficaz presencia de él en la nación, expresión de su libertad y de su ser. España que viene dando tumbos hace siglos, nación con su genio dormido, tiene ahora la ocasión de desperezarse, de desentumecerse, como se despierta la vida a los anuncios del día. El genio nacional debe ahora conocer su aurora.

HE DICHO.